

Oración Sangrienta en ValleKas

[Un caso del inspector Ramalho da Costa]



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2014

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Alejandro M. Gallo, 2014

Cubierta: © Miguel Navia, 2014

ISBN: 978-84-15973-38-6
Depósito legal: M-25126-2014
IBIC: FFC

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Zamart
Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Oración Sangrienta en ValleKas

[Un caso del inspector Ramalho da Costa]

Alejandro M. Gallo



Índice

CAPÍTULO 0	
Érase una vez... el barrio	17
CAPÍTULO 1	
<i>El padre Brown</i>	33
CAPÍTULO 2	
Sospechosos	49
CAPÍTULO 3	
Misérias de una sospecha	63
CAPÍTULO 4	
La anomalía	73
CAPÍTULO 5	
Teólogos de la Liberación	81
CAPÍTULO 6	
La encrucijada	87
CAPÍTULO 7	
La daga	97
CAPÍTULO 8	
El entierro	107
CAPÍTULO 9	
El Vancouver	117

	CAPÍTULO 10	
	En prisión	127
	CAPÍTULO 11	
	La incógnita del libro	139
	CAPÍTULO 12	
	Los curas gemelos	151
	CAPÍTULO 13	
	Viaje a las catacumbas	159
	CAPÍTULO 14	
	Los archivos	167
	CAPÍTULO 15	
	Asalto al seminario	177
	CAPÍTULO 16	
	Alcantarillas romanas	189
	CAPÍTULO 17	
	En busca de los Kloe	199
	CAPÍTULO 18	
	Asalto al seminario	209
	CAPÍTULO 19	
	Regreso... al barrio	217
	CAPÍTULO 20	
	Otra vez... la escalera	223
	CAPÍTULO 21	
	Nuevo comienzo	233
	CAPÍTULO 22	
	Invasión de sacerdotes	247
	CAPÍTULO 23	
	El olor de la presa	263

	CAPÍTULO 24	
Un paso atrás, dos adelante		283
	CAPÍTULO 25	
Cerca de los Kloe		305
	CAPÍTULO 26	
	<i>Watchmen</i>	315
	CAPÍTULO 27	
La <i>revolada</i> del halcón		323
	CAPÍTULO 28	
A Dios rogando y...		337
	CAPÍTULO 29	
El encuentro		351
	CAPÍTULO 30	
Un descanso en la caza		365
	CAPÍTULO 31	
Una vuelta de tuerca		377
	CAPÍTULO 32	
Descanso en el barrio		391
	CAPÍTULO 33	
De la agonía a la ira		401
	CAPÍTULO 34	
La recta final		411
	CAPÍTULO 35	
Amanecía en Madrid		419
	CAPÍTULO 36	
Muerte es la conclusión		427
	CAPÍTULO 37	
Un epílogo sin final		437

Al Club de Lectura de Novela Negra
del Centro Social Seco, en Vallecas

El mundo era duro...
Y tú tenías que ser más duro, ¿no?

EDWARD BLAKE
en *Watchmen*

A medida que entro en el corazón de la novela europea actual [...], siento que [...] el hombre está colgado del cielo, de la desesperanza, acobardado, traspasado por la angustia, el miedo y el terror [...]. Por esta arboleda oscura, sobre este desierto los antihéroes viven, desplazan a los héroes y se alzan retadores frente a nosotros [...].

Que vengan todos [...] los héroes que vencen al miedo [...] en todas las latitudes humanas. Que vengan, sí, con el coraje de siempre a enterrar [...] esta floración sombría de las conciencias de hoy...

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ
La decadencia del héroe, 1940

Oración Sangrienta en ValleKas

[Un caso del inspector Ramalho da Costa]

CAPÍTULO 0

Érase una vez... el barrio

EL DOMINGO HABÍA AMANECIDO frío en Vallecas. El inspector Ramalho da Costa se enfundó su cazadora negra. Alzó las solapas y, antes de abrir la puerta de su apartamento, miró de soslayo las fotos y expedientes esparcidos sobre la mesa del salón: todo lo que el Departamento de Asuntos Especiales había averiguado sobre ese asesino en serie que la prensa había bautizado como *Cero*. Un homicida muy especial: solo mataba presuntos delincuentes de cuello blanco. Más bien parece un ejecutor, rumió. Y, al cerrar la puerta, pensó que tal vez debería revisar aquella mañana el escenario del último asesinato cometido en Legazpi.

Repasaré las carpetas a mi regreso, masculló mientras bajaba las escaleras de madera. Se detuvo un instante en el último escalón, pero comprendió de inmediato la causa de la pestilencia que había invadido la planta baja: la portera, esa mañana, se había excedido con la lejía.

Benita, la portera y ama del inmueble, gaditana y viuda de un sereno de Madrid oriundo de Cangas del Narcea, barría el portal con su bata azul desgastada, que apenas podía con-

tener sus enormes pechos. Sobre su cabeza llevaba la red-cilla que ocultaba los sempiternos rulos.

—Buenos días —saludó Da Costa—. Usted siempre tan madrugadora.

—Estoy *hasiendo* guardia.

—No me diga que otra vez está esperando al *Poeta*.

—Aún no me ha pagado ni la renta ni la comunidad.

De inmediato, una voz les obligó a girar la cabeza:

—Buen día, señora Benita, señor Da Costa.

Era Rogelio, alias *el Flecha*. Después, dirigiéndose al inspector, añadió:

—Veo que ya se quitó el cabestrillo. ¿Qué tal va lo del hombro?

—Bien, gracias. Ya estiro el brazo del todo. Espero que esta semana me den el alta médica.

—No se precipite. Un balazo en la clavícula no es broma. Yo, en el frente ruso, con la División Azul...

Da Costa se apresuró a interrumpirle antes de que se lanzase a narrar al mundo unas batallas innecesarias:

—¿Usted ya va a por su chocolate con porras al Lisboa?

—Efectivamente, y en busca de *La Razón*.

De forma instintiva, Benita consultó el reloj. Como era de suponer, eran exactamente las ocho. La puntualidad del señor Rogelio solo había sido igualada por Emmanuel Kant en sus famosos paseos por Königsberg, que eran aprovechados por sus habitantes para poner los relojes en hora al verle pasar.

—Benita —intervino *el Flecha*—, seguimos con el problema del perro vagabundo.

“¡Oh, no! Todavía colea el asunto del perro”, pensó el inspector, pero se limitó a escuchar en silencio. *El Flecha* prosiguió:

—Recuerde de nuevo a todos los vecinos que la puerta del inmueble debe cerrarse por las noches.

Otra vez habían regresado *el Flecha* y sus peleas con un perro fantasma que supuestamente le meaba el felpudo. Si seguía coleando, terminaría por convertirse en una leyenda urbana del barrio, pensó Da Costa, con una sonrisa disimulada.

El Flecha, apretando el paraguas con el antebrazo izquierdo y ajustándose el sombrero de ala corta, continuó camino hacia el Lisboa sin prestar atención a la respuesta de Benita:

—Así lo haré, no se preocupe.

A continuación, la mujer no pareció oír la despedida de Da Costa y siguió barriando. De vez en cuando dirigía su mirada por el hueco de las escaleras esperando al *Poeta*.

Ramalho da Costa encaró la avenida de la Albufera desde Puerto de Canfranc; los rayos del sol se refractaban en la calzada y en los cristales de los coches, coloreando los edificios de un tinte anaranjado. Es cierto lo que decían; aquello era un valle: el Valle del Kas. La avenida parecía un gran río de asfalto, en cuyas riberas, como montañas, se erguían los bloques monstruosos de ladrillo. Y los vehículos eran salmones de cuatro cilindros remontándolo hacia una ignota desembocadura.

Abandonó el ensimismamiento al llegar al kiosco. Rosa, envuelta en su abrigo de lana negra, y una eterna bufanda de cuadros enroscada alrededor de las mejillas, cortaba las cuerdas de los paquetes de periódicos. Asomaban de ella solo los ojos, pues su cabello se ocultaba bajo una vieja y ladeada gorra de béisbol con el emblema del Saint Louis Cardinals.

Da Costa la saludó. La mujer le dirigió la mirada un instante, el que necesitó para reconocerlo, y preguntó:

—¿Quiere su periódico?

—Cuando regrese del Rastro se lo cojo.

—Menudas ganas tiene usted. Allí no hay más que charra y quinquis.

—Voy a ver al *Coronel*.

—El viejo loco es el peor de todos.

Rosa y *el Coronel* nunca habían simpatizado mucho; a menudo se les veía enfrascados en la misma discusión. Ella, defendiendo que la juventud estaba perdida y *el Coronel*, respondiendo: “¿Cómo va estar perdida para usted, si usted nunca la tuvo?”. Llegado ese punto, los dos se mandaban a la mierda.

Unos metros más adelante, el inspector se topó con Enriqueta, que acomodaba flores en canastas de mimbre sobre la enorme mesa formada por dos caballetes metálicos y un tablero. Su puesto se abría al público cada domingo entre las escaleras de acceso al Metro y la cabina pintada de verde de la ONCE.

—Ay, con el tiempo que hace y usted de paseo —dijo, meneando la cabeza—. A ver si coge frío y cae malo, que hay mucha gripe por ahí.

Ramallo ensanchó la sonrisa. Enriqueta era una hipocondríaca capaz de asegurar que padecía síntomas que aún no se habían manifestado ni en Malasia.

Poco más allá, *el Pisha*, desparramado en uno de los peldaños de la entrada al Metro con su guitarra y su armónica, flagelaba a los usuarios con su voz cascada y su extravío por los pentagramas.

Soy un perro callejero,
y yo digo: ¡qué más da!

—Buenos días, *Trini*. —saludó a Da Costa—. ¿Qué pasa, tronco? ¿No vuelves al cuadrilátero?

—No, *Pisha*. El boxeo se terminó para mí.

—¡Ay!, este barrio se queda sin púgiles. La cuna de los guantes se ha convertido en su perchero. Algún día compondré una canción sobre la sangre de Vallecas que pintó el ring del mundo.

Soy un perro callejero...

—¿Siempre la misma monserga, *Pisha*?

—Yo solo canto las letras de nuestros convecinos.

La justicia es implacable
con los que no tienen guita...

—¡Cállate de una puta vez, mamarracho! —gritó un vecino desde el primer piso del edificio colindante, al tiempo que lanzaba un zapato sobre *el Pisha*, para añadir—: Ni el fin de semana se puede descansar.

El inspector se alejó del *Pisha* caminando hacia el Puente de Vallecas, lo que impidió que el músico callejero distinguiese en el rostro de Da Costa la mueca de contrariedad. Siempre le disgustaba recordar su pasado como boxeador, pues la imagen del último combate acudía a su mente como la explosión de un cartucho de dinamita. Se veía de nuevo frente a Hoffman en las Olimpiadas. “*Trini Vs. Hoffman*”, rezaban los carteles luminosos a la entrada del estadio. Su contrincante era un muchacho que ambicionaba escapar de Harlem, tanto como *el Trini* de las cuencas mineras asturia-

nas. Cuatro puños de hierro, cuatro ojos de mirada felina, dos decisiones firmes se enfrentaban entre doce cuerdas. Se cruzaron decenas de crochés, de ganchos y directos que impac-taron en sus rostros, en sus abdómenes, en sus costillas. La sangre recorrió los labios y los tabiques nasales de ambos se rompieron. No importaba, acariciaban el sueño: convertirse en profesionales. Las piernas flaqueaban y, al final, llegó el golpe fatal. Hoffman cayó en medio del ring, inconsciente. Horas después, fallecía. Esa había sido la primera vez que Da Costa desnucó a alguien. Los siguientes no le dolieron: debió matarles en defensa propia o de algún indefenso.

Se pasó la mano por la frente. Su mirada se perdió por las fachadas de la avenida, las que llevaban inscrita la historia viva del arrabal. En la pared derecha de la boca del Metro, alguien había pintado: “Bienvenido al Valle del Kas”. Así es el barrio, pensó Da Costa, al tiempo que paraba un taxi.

—A la plaza de Legazpi—indicó.

VEINTE MINUTOS DESPUÉS se encontraba sobre la acera donde había reposado el cadáver de la última víctima de *Cero*. Aún se percibía el contorno de la sangre sobre el asfalto. Alzó la vista: le rodeaban los edificios y, al fondo, una explanada con nuevas construcciones sin terminar.

El inspector se situó con el sol a su izquierda mirando hacia el Sur, de donde se sospechaba que había provenido el proyectil fatal. Al exbanquero le habían disparado en la cabeza y el informe de balística defendía que el ángulo de penetración del proyectil poseía una inclinación de cuatro grados. Cuatro metros de altura por cien de longitud, se dijo Da Costa, una

elevación que equivalía a la ventana de un primer piso de los edificios de enfrente. No obstante, todos habían sido revisados detenidamente sin éxito por los agentes del DAE. Otra hipótesis barajada era que *Cero* había disparado desde menor distancia, tal vez camuflado en lo alto de un camión detenido. Sin embargo, las cámaras de seguridad de la gasolinera y las de tráfico no habían detectado ningún movimiento.

Ramalho siguió mirando al Sur. Al fondo, a lo lejos, sus ojos se detuvieron en un edificio en construcción. Contó los pisos: doce, unos treinta y dos metros de altura. Demasiado lejos, era improbable que hubiera disparado desde allí..., pero no imposible. Y se encaminó hacia la edificación.

Había contado novecientos setenta pasos desde el lugar del cadáver hasta aquel edificio sin terminar. Serán ochocientos metros, más o menos, calculó. La construcción no solo se encontraba inacabada, también tapiada y precintada. Sería otro embargo de algún banco. Las tablas que taponaban las puertas y ventanas seguían intactas. No existían indicios de que alguien hubiese accedido al interior. Solo quedaban dos posibilidades: la grúa y el andamio. Descartó la grúa: imposible subirse sin ser visto. Comenzó a escalar el andamio. Al llegar al sexto piso, se detuvo a descansar. Si había disparado desde allí, ese cabrón estaba en forma. Continuó ascendiendo.

Accedió a la última plataforma del andamiaje y contempló la Plaza de Legazpi. La visión era perfecta, pero la distancia era excesiva. Joder, exclamó para sí, tendría que haber disparado como mínimo con un Remington 700P de alza ajustable o con mira telescópica, posiblemente un Winchester Magnum cuyo alcance es de 1.110 metros. Todo aquello era improbable, pero obligaba a revisar los escenarios anteriores

en los que hubiese actuado *Cero*. Observó detenidamente la plataforma: ni rastro de casquillos ni de otro indicio que le facilitase una pista.

Ese cabrón no habría podido subir hasta aquí de día —lo hubiesen visto—. Tal vez había dormido al raso, esperando. No hay una constante temporal, continuó mascullando Da Costa. En la veintena de asesinatos cometidos por *Cero* desde que había comenzado la crisis, ninguno de ellos seguía un patrón en el tiempo. A veces asesinaba a dos en una semana y luego desaparecía durante meses. La única constante era la espacial: siempre en lugares abiertos. Se enfrentaban a un francotirador que convertía en inservible cualquier escolta asignada a las posibles víctimas. Con ese pensamiento, comenzó a descender.

Al alcanzar la acera, se acercó al borde de la calzada y alzó el brazo. Un nuevo taxi se detuvo.

ERAN LAS DIEZ de la mañana pasadas cuando encaró la plaza de Tirso de Molina. El Rastro había dado su pistoletazo de salida hacía bastante tiempo. Abonó la carrera y se dirigió al puesto del *Coronel*. De improviso giró la cabeza, como un perro de caza en alerta. Sus sentidos le obligaron a fijarse en un charlatán subido en una furgoneta, que, con su locuacidad, cautivaba al público congregado.

—Yo no he venido aquí a engañarles. Todos mis productos gozan de garantía...

Al principio no le prestó mucha atención y prefirió buscar al *Coronel*. Sin embargo, unas palabras del lenguaraz vendedor le hicieron girar de nuevo la mirada hacia él:

—... pero sí les aseguro que entre ustedes hay gentes que les pueden robar la cartera o los objetos de valor. Vigilen, estén atentos.

Da Costa sonrió y se alejó. No le apetecía intervenir por quince carteras vaciadas. El timo había quedado servido: al oír esas palabras, la multitud arremolinada se llevaría de inmediato la mano a la cartera, verificando que aún la tenían. Los cómplices del charlatán, mezclados entre el gentío, tomarían buena nota del sitio donde se palpaban.

Al final de la plaza distinguió, entre los paseantes, la boina negra ladeada hacia la izquierda y las volutas de humo que anunciaban el cuerpo enjuto del *Coronel*. “El viejo del pitillo”, lo llamaban los mozalbetes del barrio. Ya había instalado su tenderete de libros viejos y de saldo. Si alguien quería encontrar la primera edición en castellano de *La crítica de la razón pura* o el tomo quién-sabe-cuánto de las obras completas de Lenin, lo mejor era que preguntase al *Coronel*. Lo obtendría en el acto; en el peor de los casos, conseguirlo le llevaría cuarenta y ocho horas.

—¡Al final llegaste, Ramallito! —le espetó sin quitarse el Camel sin filtro de los labios.

—Un día voy a comenzar a llamarle *Coronelito*. A ver qué gracia le hace.

—Bah, a mí puedes bautizarme como te dé la gana. Llegados a mi edad, todo me cuelga. Y lo que ya colgaba, ahora pendula. Además, lo importante no es como nombren al hombre, sino sus acciones.

Era imposible con él, y Da Costa prefirió cambiar de conversación.

—Veo que se ha traído más libros que en otras ocasiones.

—Es que me he agenciado al *Okupa Apóstata* del tercero para que me ayude. Por sesenta euros, él va bien en la burra y yo descanso un poco, que ya voy para viejo.

El inspector saludó a Kike, más conocido en el barrio por el apodo con que *el Coronel* le había bautizado. El chaval alzó la mirada desde los libros de las mesas hacia él. Sonrió y soltó:

—Hola, agente del orden burgués.

—A ti te va a dar orden burgués la Benita —le escupió Ramalho— en cuanto se entere de que has ocupado el piso que tiene a la venta.

—Joder, Ramalho —tartamudeó el otro, que se sonrojó al añadir—: Somos colegas, no se lo pensarás decir.

—Tú ándate con mucho ojo y no me calientes los cascos.

El mozo era chaparreo y ya iba perdiendo algo de pelo, pero era licenciado en mundología y, desde la creación del universo, matriculado en una asignatura de primero de una carrera cualquiera para beneficiarse de los descuentos del carnet de estudiante. Aunque joven, resultaba difícil calcularle la edad. Lo cierto era que se había convertido en el vecino clandestino del edificio.

En ese momento, Da Costa evocó al resto de los curiosos moradores del inmueble: en el bajo, la señora Benita y los usuarios del banco que acababan de abrir, Citi-no-sabe-qué-gaitas; en el primero, *el Coronel* a la izquierda y *el Flecha* a la derecha; en el segundo, don Constantino el párroco —el *padre Brown*, como lo apodó *el Coronel*—, y Marie, la profesora de francés; en el tercero, *el Okupa* y en el ático, *el Poeta*. El inspector habitaba la otra vivienda del tercero, frente al *Okupa*.

Las relaciones entre todos siempre habían sido buenas, si se exceptuaban las idas y venidas del *Poeta* y las búsquedas

y capturas de doña Benita. Y luego, claro está, se daban algunas rencillas menores. Bueno, menores, menores no eran. Como las protagonizadas por *el Flecha* y *el Coronel*. Les unía la misma planta y les separaban dos trincheras opuestas. También estaban las broncas entre *el Okupa* y *el Coronel*, siempre por la misma cuestión. Kike quería derrumbar todos los estados por ser los causantes del mal en el mundo. El *Coronel* deseaba hacer lo mismo y por la misma razón, pero con las fronteras, y discutían sobre qué había que enviar antes al retrete de la Historia. Al final no derrumbaban nada, excepto sus cuerpos cuando cenaban barriles de cerveza.

—Le invito a desayunar —ofreció Ramalho da Costa.

—Ah, unas porritas. ¡Qué bien me van a sentar! —Sacó la colilla de la boca y la arrojó al suelo; giró su mirada hacia *el Okupa* y agregó—: A ver, atorrante, cuídame el tenderete, que me voy a desayunar.

—Por mí, como si se va a tomar por ahí, *Coronel* —le espetó Kike.

—Menos consejos y más direcciones, atorrante. Que culos como el mío se cotizan. Escasean los de viejos republicanos.

Pasaron esquivando puestos y gente hasta que llegaron a la tasca ubicada frente a la estatua de Cascorro: Bar Pedrín. Aunque siguieran llamando Pedrín al tabernero, en realidad ya tenía casi cincuenta años; orondo y calvo, fumaba unos Farias queapestaban a abono natural, sin aditivos. El suelo del bar aparecía cubierto de cabezas aplastadas de gambas revenidas, las paredes tapizadas con banderas del Atlético de Madrid y carteles con precios de patatas bravas y mejillones tigre.

—¿Qué va a ser, amigos? —voceó Pedrín desde detrás de la barra.

—Dos desayunos —gritó *el Coronel*.

—Churros, porras, palmeras, donuts... —remató Pedrín, como si disparara a ráfagas.

—Porras, media docena —volvió a gritar *el Coronel*.

—¿Oído cocina? —entonó Pedrín.

—Oído —respondió una voz femenina detrás de una pequeña puerta sin marco.

Se sentaron en la última mesa del fondo, la que daba a los baños. El *Coronel*, después de ajustarse la boina, extrajo su sempiterno paquete de Camel sin filtro. Sus enormes cejas, que nunca se depilaba, iban cubriendo parte de su campo de visión; su pelo seguía en formación de guerrilla, pero plateada; y su barba se encontraba al final de una noche agitada. Tosió, una, dos, tres veces.

—Tiene que cuidarse, *Coronel* —dijo Ramalho—. No le vienen nada bien los pitillos.

—¡A la mierda! ¿Cuánto me queda de vida? ¿Un mes, un año? Da igual si fumo o no.

—Debería cuidarse del enfisema.

—¿El enfisema? No me *polculices*, Ramallito. ¿Cuánto viviría de más? ¿Seis meses? Y mi calidad de vida, ¿qué? ¡Que se vayan a la mierda! Yo ya he visto todo lo que hay que ver en este puto mundo. —Giró su cabeza y alzó la voz—: Pedrín, *gelepollas*, ¿Cuándo vienen esos cafés?

—Ya van, *Coronel*, no se impaciente —gritó Pedrín sin mirarle, y añadió—: Cada día está usted más cascarrabias.

“Yo ya he visto todo lo que hay que ver en este puto mundo”. Para Da Costa, *el Coronel* era la versión vallecana del replicante Nexus de *Blade Runner*. Había combatido en dos guerras: la civil y la mundial. Y allí estaba, mojado sus porras

empapadas de aceite en un café con leche que se quedaba escaso como si el hombre no hubiese espantado una mosca en su vida. ¿De qué pasta habían fabricado a los de su generación? ¿De qué los amamantaron?, se preguntaba. Y él mismo se respondió: tal vez de rabia, hambre, sueños y de la prohibición de naufragar.

—Pero debería cuidarse un poco —insistió.

—¡Qué pelma eres, rapaz! —le espetó *el Coronel*—. Mira, aprendiz de Sherlock Holmes, yo luché contra Franco y contra los nazis. Esos sí que fueron un cáncer y...

Le interrumpió la música estridente de la tragaperras. Un cliente de rasgos orientales había conseguido el premio gordo.

—¡Joder con el chino! —exclamó Pedrín—. El domingo pasado abrió la máquina tres veces.

—Ya se sabe —contestó *el Coronel*—. Afortunado en el juego, desafortunado en amores. Pregúntale, pregúntale, ya verás como es así.

—Pregúntele usted, *Coronel*, que para eso es un hombre de mundo y sabe idiomas.

—Chun Li —llamó *el Coronel*—. Bingo chachi, chocho chungo, ¿eh?

El oriental rió, agachando la cabeza, pero volvió a introducir otra moneda.

—¿Sabes, Ramallito, por qué los chinos tienen los ojos así?

—Dígamelo usted, tío listo.

—Porque no miran, sospechan.

—Váyase a la mierda.

Otra vez la tragaperras inició su estruendo. Chun Li recogió las monedas y las colocó en montoncitos de diez unidades sobre la barra. Sin querer, Da Costa se fijó en la combinación

premiada. ¡Qué carajo!, exclamó para sí. No se trataba de cuatro sandías o cuatro plátanos como indicaba el letrero. En la pantalla salía un melocotón, un camello, un balón y una alcachofa. Eso no daba premio. Entendió lo que ocurría: el oriental estaba manipulando la máquina. Se lo comunicó al *Coronel*.

—Ay, estos chinos —exclamó—. Ya sabía yo que sus ojos rasgados eran para que abriéramos los nuestros.

—Creo, *Coronel*, que deberíamos decírselo a Pedrín.

—Espera un poco, que haga cantar a la máquina otra vez.

Otro escándalo musical sustituyó al de la tragaperras. Era el Himno de Riego. Da Costa miró hacia los lados buscando la fuente, mientras los de la barra se giraban hacia ellos. Despacio, *el Coronel* extrajo un móvil del bolsillo de su pantalón de pana oscura. Sonrió y dejó que la música sonase.

—¿Te gusta mi politono?

—Váyase a la mierda, y descuelgue de una vez.

—A ver, dígame... Sí, soy *el Coronel*. ¿Quién es ahí? Ah, Benita, diga, diga, mujer... ¿Cómo?... ¿Qué secreta?... Ah, Ramallito. Sí, aquí está... Ahora se lo paso —extendió el brazo y le entregó el móvil—. Está histérica.

Al entregar el móvil al inspector, *el Coronel* regresó a la operación de buceo de las porras en el café con leche.

Da Costa saludó a una portera fuera de sí.

—Ay, señor Ramalho, no sé qué *haser*.

—Tranquilícese, mujer. A ver, qué le ocurre.

—Es sobre el padre Constantino, el del segundo.

—¿Qué pasa con él?

—Verá. Hace un rato vino el padre Damián, el de la parroquia de Entrevías. Estaba preocupado porque el padre Constantino... —y comenzó a sollozar.

—Primero, relájese. Inspire hondo y me lo cuenta despacio.

—Al parecer, el padre Constantino no había ido ayer al rosario y hoy no acudió a la misa de ocho.

—A lo mejor ha salido de viaje —dijo calmo.

—No, no. Verá. El padre Damián me pidió que abriese la vivienda del padre Constantino, por si le ocurría algo. Subimos hasta el segundo. Picamos varias veces, pero nadie respondió. Y después la abri... —regresaron los sollozos.

—Relájese. ¿Qué vieron al entrar?

—El piso del pasillo estaba lleno de sangre... Y al fondo...

—Tranquilícese. ¿Qué había al fondo?

—El sacerdote degollado.